

Democracia y socialismo

Tras las huellas del poder popular

Brais Fernández

Este artículo tiene como objeto buscar algunas pistas a lo largo de la historia del pensamiento marxista en la construcción de una democracia socialista basada en el poder popular. Aclaremos brevemente qué entendemos por esto (ya que buscar una definición es en sí misma una acotación en la que se pierden matices), pero antes es necesaria una aclaración metodológica.

El método de Marx es fundamentalmente hipotético-deductivo. Marx construye conceptos para aprehender la realidad, que posteriormente contrasta empíricamente, para luego reconstruir el punto de partida inicial. Por decirlo de otra forma, parte de una abstracción para, a través de “aproximaciones sucesivas”, ir avanzando hacia lo más concreto. Para construir una abstracción es necesario identificar lo esencial de lo no esencial^{1/}. Lejos de esas visiones frías de las ciencias sociales, Marx asumía que el proceso de construcción de cualquier proyecto intelectual es político, porque tomar la decisión de definir lo que “es esencial y lo que no lo es” es la premisa inevitable de la segunda parte. A lo largo de toda su obra, Marx identifica lo esencial con las fuerzas vivas y las relaciones humanas que hacen posible el cambio social (o la conservación y reproducción del sistema). *El capital* es una buena muestra de la aplicación de ese método. En él comienza exponiendo sus planteamientos sobre la mercancía, la teoría del valor y la plusvalía para posteriormente recorrer la estructura del capital y sus expresiones concretas a lo largo del conjunto de la obra.

Sin embargo, no existe en la obra de Marx un concepto abstracto que sirva como punto de partida para la construcción de una teoría de la democracia socialista. Marx no teoriza con su metodología habitual sobre este tema, sino que, enfrascado en sus estudios sobre economía política, va respondiendo a

^{1/} Una frase que a Marx le gustaba mucho de Hegel resume esa preocupación: “En el proceso de conocimiento científico, es de importancia distinguir y poner de relieve lo esencial en contraste con lo llamado no esencial. Pero a fin de hacer esto posible debemos saber qué es lo esencial” (citado en Sweezy, 1977).

“... no existe en la obra de Marx un concepto abstracto que sirva como punto de partida para la construcción de una teoría de la democracia socialista”

los acontecimientos políticos de su época, de forma brillante pero disgregada, basculando entre su alma de periodista y de dirigente revolucionario.

Así pues, hay en Marx una inversión metodológica involuntaria. Es cierto que Marx critica duramente la idea liberal del derecho, considerándola una ficción que defiende el sistema de propiedad y que se articula como si todas las personas fueran iguales sin tener en cuenta la desigualdad social realmente existente². Sin embar-

go, no hay hipótesis positiva “a priori” que sistematice su propuesta de modelo democrático. La idea marxiana de democracia socialista comienza por “el medio” de la triada “concepto abstracto-verificación empírica-síntesis reconstruida” a construir su propuesta de modelo político a partir de las experiencias reales de los procesos de construcción de poder popular. Esta forma de abordar la construcción de modelos políticos socialistas ha sido retomada una y otra vez tanto por los marxistas clásicos como por los pensadores marxistas posteriores.

Esto no significa, ni mucho menos, exaltar la idea de que la democracia se construye sola, sin modelos, ni estructuras o sujetos autoconscientes. Todo lo contrario. Fetichizar desde un punto de vista ahistórico experiencias reales exitosas pero que se dieron en una formación social concreta ha conducido muchas veces a tratar de “repetir la historia”, como muchas veces ocurrió en el siglo XX al trazar estrategias rupturistas que copiaban el modelo de la Revolución rusa. Se trata más bien de buscar pistas tanto en las propuestas teóricas socialistas (que son también producto de las experiencias reales en la construcción de poder popular) como en las luchas y experiencias actuales, que, aun sin llegar a constituirse como poder alternativo, nos dan muchas claves de por dónde se pueden desarrollar los procesos de autoorganización popular capaces de construir una institucionalidad socialista. Los movimientos emancipadores siempre han sido una combinación de rasgos comunes y diferencias estratégicas. Lo que los une es que se teorizan y experimentan a partir de la creación de poder popular, entendido como la generación de relaciones sociales y espacios autónomos por parte de los subalternos, con el objeto y la práctica de gestionar sus propias vidas, en conflicto o en tensión, abierta o soterrada según el momento, con las clases dominantes.

Marx, como decíamos más arriba, nos deja muchas pistas para construir una democracia socialista. La llamada primavera de los pueblos de 1848 supuso

²/ Dicen Marx y Engels en su *Crítica del programa de Gotha*: “El derecho puede existir solo con la aplicación de la misma medida; pero los individuos desiguales (y no serían individuos si no fuesen desiguales) solo son mesurables con el mismo patrón en la medida en que se les considere bajo el mismo punto de vista. (...) El derecho tendría que ser no igualitario, sino desigual” (Marx y Engels, 2008).

para él la primera irrupción de la revolución proletaria. Aunque se equivocó creyendo ver en este movimiento la primera insurrección obrera, cuando de hecho era la última insurrección burguesa, Marx extrae una lección fundamental: es el proletariado el que puede construir una democracia plena, no en el sentido jurídico-formal del término sino en un sentido efectivo. El proletariado es la única clase que tiene un interés histórico en la disolución de las clases (y por lo tanto, su autodisolución como sujeto histórico) y esto solo puede lograrse a través del conflicto con la burguesía, una clase que se mantiene como clase dominante a base de reproducir la ficción de que sus intereses particulares son los intereses del conjunto de la sociedad. La primavera de los pueblos acabó con las barricadas llenas de la sangre de los trabajadores y la alianza de la burguesía con las viejas castas aristocráticas para lograr este aplastamiento. Para Marx la lección es clara: una clase que solo se representa a sí misma, cuyos intereses contrastan con los intereses del conjunto de la humanidad, no puede ser una clase que sostenga una democracia en un sentido efectivo del término/3. Así pues, para Marx no hay democracia sin sujeto capaz de sostenerla y construirla a través del conflicto con la minoría que usurpa la representación de la totalidad social.

El análisis a través de los conflictos y relaciones entre clases se convierte así en el hilo conductor de las reflexiones de Marx sobre los modelos políticos. La Comuna de París marca un punto de inflexión en su pensamiento político. Por primera vez, los proletarios se constituyen en clase dominante, ejerciendo el poder a través de sus propias estructuras en un centro neurálgico capitalista. El primer apunte que debemos hacer sobre esta pionera experiencia de poder popular es que no hubiera sido posible (como Lenin diría también describiendo la relación entre la Revolución rusa y la Primera Guerra Mundial) sin el derrumbamiento del poder dominante producto de la derrota francesa en la guerra franco-prusiana. El proletariado parisino ocupa un vacío de poder ante la desbandada burguesa: las contradicciones interimperialistas y las contradicciones de clase se entrecruzan así dando la oportunidad a que una nueva clase experimente el ejercicio del poder político.

Esta coyuntura extrema hace que surjan unas estructuras de poder popular con una funcionalidad específica. Por una parte, ante el vacío militar, es el

3/ Gramsci, cuya etapa consejista parece hoy conscientemente olvidada por los que lo ven tan solo como un pensador para las fases de “guerra de posiciones”, obviando sus reflexiones sobre la “guerra de movimientos”, escribía sobre la tensión partido-sindicato-consejo a raíz del surgimiento y desarrollo de los Consejos obreros de Turín: “El partido o el sindicato no han de situarse como tutores o sobreestructuras ya constituidas de esta nueva institución en la que cobra forma histórica controlable el proceso histórico de la revolución, sino que deben ponerse como agentes conscientes de su liberación respecto de las fuerzas de compresión que se concentran en el Estado burgués” (Gramsci, 2007). Lejos del fetichismo tanto de partido como de la apología vacua del espontaneísmo obrero, Gramsci buscaba un equilibrio entre la necesidad de un partido que aportara perspectiva estratégica al proceso de constitución de poder obrero y el carácter amplio y multitudinario de las nuevas instituciones proletarias.

proletariado parisino junto con sectores radicalizados de la pequeña burguesía el que se convierte en el símbolo de la nación y de su independencia frente a la agresión de otro Estado. Por otro lado, surge la necesidad de construir un gobierno y una institucionalidad capaz de cubrir las necesidades materiales del pueblo de París. Identificamos aquí otro de los retos recurrentes a los que se han enfrentado los gobiernos rupturistas y las estructuras de poder popular que surgen con él: resistir a las presiones heterónomas mientras responde a las necesidades internas. Cuando Marx dice que “la Comuna no habría de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo”, expresa esa necesidad producto de la tensión estructural que configura todo ejercicio de poder transformador: la imposibilidad de transformar radicalmente las relaciones sociales sin resistencia de las viejas clases dominantes.

Pistas en la historia

El primero de los rasgos que nos interesa destacar del poder popular es su transversalidad. Esto es, las estructuras de poder popular se caracterizan por romper con el corporativismo obrero, siendo un punto de encuentro de la multitud proletaria, trascendiendo los límites de la organización sindical o del partido. Son espacios para la unificación política de los diferentes estratos de las clases populares, órganos suprapartidarios, un espacio donde operan las diferentes corrientes y partidos políticos de la clase. La composición de la dirección de la Comuna de París mostraba el carácter multitudinario de las clases populares parisinas, así como la pluralidad de su composición política: obreros (30 de los 92), pequeños comerciantes, artesanos, (carpinteros, libreros, etcétera), profesionales diversos (como médicos, artistas, periodistas) y un gran número de activistas políticos de diferentes tendencias que iban desde el republicanismo moderado a toda la variedad de tendencias que componían el socialismo de la época. Esto no ha sido comprendido siempre por las organizaciones políticas, que muchas veces han tendido a ver estos órganos no como el embrión de una nueva institucionalidad estatal sino más bien como espacios a subordinar al “partido”. Cuando los trabajadores urbanos crean los soviets en 1905 en Rusia, la primera reacción de la mayoría del Partido Bolchevique instó a los soviets a unirse a las filas del partido, ante lo cual, como es de prever, los obreros los ignoraron y siguieron construyendo sus mecanismos políticos. Solo la rectificación de esta perspectiva permitió que los bolcheviques se convirtieran en el partido hegemónico de la clase obrera rusa (que no de la sociedad, aunque esa es otra cuestión que tocaremos tangencialmente más adelante) en 1917.

El poder popular surge también en parte como respuesta desde abajo a la implosión de los mecanismos ideológicos de integración de la clase dominante. Nunca existe una correlación mecánica entre “clase” e “ideología” sino que esta relación es una tensión permanente entre los marcos de dominación

existentes y las luchas que se producen dentro y contra ese marco. La conciencia de clase, como aspiración universalista, surge de las experiencias comunes y puede dar lugar a situaciones aparentemente contradictorias. En el capítulo tres del documental de Patricio Guzmán *La Batalla de Chile*, dedicado precisamente a las formas de contrapoder proletario bajo el gobierno de la Unidad Popular, hay una entrevista a un obrero que se declara democristiano y que participa en los Cordones Industriales, nombre por el que se conocían los organismos de conexión interfábrica creados por los trabajadores para resistir al sabotaje del capital. ¿Cómo puede un obrero democristiano pertenecer a un órgano de poder revolucionario en un contexto en el cual su partido de referencia encabeza la campaña de sabotaje frente al gobierno de Allende y los trabajadores? La respuesta del obrero es simple y clara: “Soy un trabajador y estoy con mis compañeros”. En esta contestación se resume la potencia y la importancia de los espacios amplios que son capaces de poner las tareas concretas por encima de las adscripciones ideológicas. La experiencia común a través del conflicto permite redefinir los parámetros que delimitan los bandos en disputa, provocando la primacía de la lealtad de “clase” sobre los posicionamientos políticos preexistentes.

Y es precisamente la necesidad de enfrentarse a tareas concretas la que permite el desarrollo de la conciencia popular y la apertura de la pregunta más importante de todo proceso de cambio social: ¿quién dirige la sociedad? En términos gramscianos: ¿qué clase encabezará la nación? La formulación para las clases subalternas de esta pregunta tiene otro matiz: ¿de verdad, nosotros, los que siempre hemos sido mandados, podemos dirigir la sociedad?

La ruptura de la dominación capitalista es siempre producto de su crisis, crisis que está a su vez condicionada tanto por sus desarrollos estructurales inherentes a la contradicción entre el sistema de acumulación privado y el carácter social de la producción como por las luchas de los y las de abajo. Esto explica por qué el poder popular nunca ha surgido artificialmente (esto es, impulsado por la voluntad de una vanguardia) en contextos de estabilidad (política u económica) capitalista sino que también es una respuesta a sus crisis y, a la vez, un generador de ellas. La relación entre poder popular y crisis se expresa también en las funciones materiales que los trabajadores ejecutan a través de estos espacios: cubrir sus necesidades militares (como en el caso de la Comuna de París), responder al boicot del capital asumiendo tareas de producción y distribución de bienes y servicios que la clase dominante ha dejado de cubrir (como en el caso de los cordones industriales o los comandos comunales en Chile), impulsar desde abajo conquistas sociales no cubiertas por el Estado (los organismos para la ocupación de viviendas en Portugal durante la Revolución de los Claveles) o ser embriones de una nueva ordenación estatal, generando un derecho y unas relaciones institucionales incipientemente socialistas (los soviets).

“El proletariado parisino ocupa un vacío de poder ante la desbandada burguesa”

Sin embargo, hay problemas que estas experiencias no consiguieron resolver. La gran pregunta podría ser: ¿es posible convertir en cotidiano el acontecimiento? ¿Cómo lo hacemos? El poder popular se ha desarrollado siempre en contextos revolucionarios, de fuerte movilización social, de

puesta en primer plano de la política en la vida social, en esos momentos históricos que Daniel Bensaid llamaba “saltos”. En esos contextos el ejercicio de la política deja de ser monopolio de unos pocos y todo parece fluir espontáneamente. Si algo tienen en común todas las experiencias de poder popular es su configuración como espacios antagonistas que experimentan otro tipo de relaciones sociales, horizontales e igualitarias, que rompen con la mercantilización de las vidas humanas que imponen las estructuras de dominación capitalista. Pero, como decía André Malraux en su novela sobre la revolución española del 36, la “revolución son las vacaciones de la vida”. Esas situaciones no duran eternamente, son los paréntesis que bifurcan la historia. Existe siempre en todos los procesos de cambio social una tensión entre la necesidad de institucionalizar las relaciones que se establecen a través de la lucha contra el enemigo y el peligro de que durante el proceso de “normalización” posrevolucionario se produzca una restauración de las relaciones sociales que el poder popular subvirtió. Planteado en términos de Antonio Gramsci, la cuestión es si solo se rompen las relaciones de poder capitalista durante la dinámica de movilización o si se tornan hegemónicas/4 en la totalidad social. El reto, desde un punto de vista de la construcción de una democracia socialista, es buscar un equilibrio entre la democracia directa (producto de la etapa expansiva del movimiento popular) y mecanismos representativos (producto de su inevitable tendencia a la estabilización)/5.

Pistas para y en el presente

La experiencia de poder popular más influyente del siglo XX fue sin duda la Revolución rusa, de la que Lenin fue a la vez participante y teórico. La visión leninista del poder popular solo se puede comprender enmarcándola en su contexto histórico concreto. La sociedad zarista se caracterizaba por un

4/ Gramsci era consciente de que no bastaba copar la hegemonía desde un punto de vista semiótico sino también económico, como esboza en los *Cuadernos de la cárcel*: “Pero no hay duda de que aunque la hegemonía es ético-política, también debe ser económica, debe basarse necesariamente en la función decisiva ejercida por el grupo dirigente en el núcleo decisivo de la actividad económica” (Gramsci, 2007).

5/ Es lógico pensar que este es un dilema que aparecerá después de la toma del poder. Sin embargo, quizás sea interesante explorar la respuesta que da Gramsci cuando plantea que el problema del ejercicio del poder político por parte de una clase previamente dominada debe resolverse, al menos parcialmente, antes de la toma del poder. Esto permite ir más allá de una concepción formal del problema porque pone en primer plano la autoconstrucción política del sujeto (bloque histórico), esto es, nunca perder de vista “quiénes” y “qué clase en proceso de disolución” debe ejercer el poder en una democracia socialista.

Estado omnipresente, cuya principal función social consistía en la coerción y en la reproducción de una capa aristocrática en proceso de desvinculación de la economía productiva, con una nula capacidad de legitimación a través del consenso o la integración (material o política) de las clases subalternas o subordinadas. Esto provocó que el Estado apareciera como un “leviathan”, una herramienta a la que cercar y asaltar frontalmente, a través de órganos populares que se configuraban para derribarlo y sustituirlo en un proceso directo y corto en el tiempo. A pesar de ello, el Estado soviético se vio obligado por una serie de circunstancias extremas (guerra civil, falta de cuadros técnicos y militares surgidos del movimiento revolucionario) a recurrir a sectores del viejo Estado zarista en descomposición. Esto nos plantea la primera cuestión. A pesar del carácter capitalista⁶ de un Estado, este acumula recursos y conocimientos producidos por el conjunto de la sociedad, necesarios para articular una transición socialista. Esto genera siempre un conflicto entre la vieja estatalidad que muere, pero que es necesaria para que la nueva pueda sobrevivir, y la nueva que nace pero que requiere de la vieja para resistir. De los equilibrios y correlaciones de fuerzas que se vayan desarrollando en torno a esa tensión depende la solución del dilema que abren todos los procesos de cambio social: restauración de las fuerzas dominantes, aunque temporalmente pierdan el poder político, o consolidación de las clases sociales emergentes, para las cuales la conquista del poder político es solo una precondition, que no una determinación, para su consolidación como clases dirigentes.

La segunda cuestión viene dada por la complejidad de la relación entre sociedad civil y Estado en la etapa del capitalismo neoliberal y cómo atraviesa las contradicciones de clase al Estado capitalista en esta fase. El poder popular surgió a lo largo del siglo XIX y XX desde la sociedad civil, hasta cierto punto como respuesta a la incapacidad del Estado capitalista para cubrir las necesidades de los trabajadores. La presión del movimiento obrero obligó a los Estados occidentales a integrar y recoger buena parte de sus demandas, eso sí, con un modelo de gestión ligado a la reproducción capitalista (recordemos que bajo el capitalismo, un trabajador es una mercancía y como tal hay que asegurar su reproductibilidad) y a sus necesidades estructurales⁷. Eso genera una nueva

⁶/ Utilizo el término “Estado capitalista” en vez de “Estado burgués”, retomando la definición de Poulantzas, porque considero que los intereses sistémicos priman y sobredeterminan el carácter de un Estado. El Estado capitalista ha demostrado en repetidas ocasiones su capacidad para primar los intereses estratégicos del sistema, fundamentalmente asegurar los ciclos de reproducción de capitalista, incluso sacrificando los intereses inmediatos de la burguesía o de una de sus facciones.

⁷/ Cuando se habla de la época de reformismo radical socialdemócrata de la posguerra se suele poner como ejemplo las políticas del Labour en Gran Bretaña después de 1945. Sería bueno evitar idealizaciones. Sin duda, beneficiaron a la clase obrera pero a la vez resultaban funcionales para la burguesía británica, a la cual la guerra había desgastado y dejado incapaz de asumir inversiones necesarias para restablecer el ciclo de acumulación capitalista como, por ejemplo, reconstruir grandes infraestructuras como el ferrocarril, siendo el Estado el que asume esa tarea.

capa de trabajadores públicos diferentes al funcionariado tradicional, vinculados a cubrir determinadas necesidades sociales. A pesar de que políticamente en algunas etapas históricas esta capa se haya vinculado a la clase dominante, considerándose subjetivamente privilegiada, el neoliberalismo destruye estos mecanismos de integración estatales transfiriéndolos a la sociedad civil, a través de privatizaciones o modelos de gestión privados, provocando la proletarianización masiva de este sector de trabajadores. La lucha de clases se traslada así al interior del Estado o, más bien, la clase trabajadora también pelea dentro del Estado, pues los intereses de este estrato social se desvinculan progresivamente de unos aparatos estatales diseñados para expulsarlos de aquel. El choque leninista (poder popular surgido de la sociedad civil vs. Estado) adquiere una nueva complejidad, ya que pueden surgir estructuras de poder popular producto de la destrucción neoliberal de las conquistas obreras, ratificadas e integradas (y actualmente en proceso de desintegración) a partir de los aparatos del Estado.

Otra cuestión clave es la de la legitimidad de las instituciones o mecanismos surgidos desde la sociedad civil. Una característica del Estado contemporáneo es no solo monopolizar la violencia sino también la legitimidad política a través de mecanismos como la vía electoral-parlamentaria⁸. Esto vuelve a poner sobre la mesa lo que ya planteaba Rosa Luxemburg en su crítica a la decisión de los bolcheviques de disolver la Asamblea Constituyente en 1918. No basta con ser capaces de conquistar el poder, ni siquiera basta con ser mayoría social, también hace falta legitimarlo desde los patrones de la hegemonía dominante, en una coyuntura histórica donde puede darse la paradoja de que se alcancen posiciones de gobierno sin haber roto los mecanismos de legitimación de las clases dominantes. Esto por ejemplo limita el alcance de los referendums surgidos desde plataformas ciudadanas que, aunque son útiles como proceso de cohesión comunitaria e impugnan la democracia liberal, son incapaces de lograr una legitimidad efectiva que desarticule la dominante y abra el camino hacia una política desobediente. Nos guste o no, es muy posible que la legitimidad (en un periodo no revolucionario) la tengamos que disputar en unos marcos diseñados desde arriba. La hipótesis de los procesos constituyentes tras ganar las elecciones puede servir no solo para cambiar los marcos que constriñen a las clases populares en el ejercicio de la política, sino también para construir nuevas legitimidades que recojan e institucionalicen formas de autoorganización y participación surgidas desde la sociedad civil.

⁸/ No se trata de criticar el sufragio universal en sí mismo sino que se trata de superar la forma concreta que adquiere bajo la democracia liberal, consistente en una ficción por la cual los ciudadanos votan como individuos al margen de su pertenencia a una clase o comunidades de intereses antagónicas a otras. Criticamos a la democracia liberal no por dotarse de un parlamento como órgano de representación popular sino porque limita la democracia mediante la centralidad política otorgada al parlamento, excluyendo del ejercicio democrático a otras parcelas del Estado (como la judicatura) y manteniendo la democracia fuera de los espacios económicos como las empresas, o de las instituciones de la sociedad civil, como por ejemplo, de las instituciones religiosas o la familia.

Nos queda una pregunta fundamental: ¿dónde construir poder popular y quién es el sujeto capaz de crearlo? Un patrón recurrente en los procesos de construcción de poder popular a lo largo del siglo XX es su génesis fabril, combinada con elementos contingentes pero fundamentales como la descomposición de los aparatos del Estado (expresada muchas veces en fracturas en el seno del Ejército) y la ruptura de la cohesión en las relaciones tradicionales de dominación (rebeliones en la sociedad rural). Partiendo de la fábrica, se extendía como una hidra por el territorio, nucleando en torno al centro de trabajo el conflicto social. El poder popular nace de la fuerza que emana de una relación consustancial al sistema capitalista: la imposibilidad del capital de reproducirse sin el trabajo humano. Sin embargo, la correlación de fuerzas entre capital y trabajo en Occidente en un sistema-mundo en mutación no es precisamente favorable para este punto de partida. El paro estructural, la transferencia de poder estratégico de los trabajadores occidentales a otras zonas del planeta, la escasa organización de los sectores proletarios emergentes condicionan y generan una situación de claro desequilibrio en favor de la clase empresarial. ¿Surgirán embriones de poder popular que busquen superar la desfavorable correlación de fuerzas existente en los espacios productivos desde el conflicto en otras instancias, como desde la defensa de lo público o desde el ejercicio democrático en espacios territoriales? Movilizaciones como el 15M o las Mareas en el Estado español nos dan pistas en esa dirección⁹.

Hay otra diferencia con el pasado que no viene necesariamente dada sino que nos corresponde a los y las de abajo construir. El sujeto que históricamente ha copado en el imaginario colectivo el ejercicio del poder popular a lo largo del siglo XX es una fracción concreta de la clase obrera: el trabajador de cuello azul, varón, heterosexual, blanco y sindicado. Aunque realmente no haya sido así (los trabajadores sin filiación partidaria o las mujeres siempre han jugado un papel decisivo en los procesos de transformación social, aunque los relatos

⁹/ En este punto debemos ser cuidadosos. No podemos descartar por completo que nuevas formas de poder popular surjan de los centros de trabajo ni tampoco afirmar de forma contundente que la clase obrera en Occidente haya perdido su poder estratégico (entendido como la correlación de fuerzas que emana de la relación entre los trabajadores, su posición en el proceso técnico de producción, la división internacional del trabajo y los ciclos del mercado), su capacidad de hacerle daño al capital en una confrontación de carácter sectorial. Lo que tratamos es de plantear pistas para un “posible inicio” en un contexto con una correlación de fuerzas concreta, marcada por el paro masivo, en proceso de estabilización y de fuerte debilitamiento sindical en Europa. Un cambio de ciclo económico podría significar un cambio de correlación de fuerzas en este sentido, con una recuperación del pulso productivo en Occidente y una necesidad de mano de obra que cortocircuitaría la “espada de Damocles” del paro. Esta perspectiva no parece muy cercana y además, no significaría una recuperación de los derechos sino que se haría sobre la normalización de la precariedad, pero es hipotéticamente posible. Por otra parte, para ser más concretos, más que de pérdida de poder estratégico, deberíamos hablar de transferencia del poder estratégico en el seno de la clase obrera, todavía por definir y completar, pues el poder sociológico y el político no son siempre correlativos. Por ejemplo, todos los trabajadores relacionados con el sector de las nuevas tecnologías tienen un poder estratégico potencialmente enorme, pero no desarrollado por su falta de organización sindical. Para aproximarse al concepto de “poder estratégico” recomendamos Womack, 2007.

oficiales los invisibilicen), sigue siendo necesario poner el acento en el hecho de que el sujeto emancipador se construirá luchando tanto contra la explotación como contra la opresión: será de clase, pero deberá aspirar a autoconstruirse desde el feminismo, contra las opresiones heteropatriarcales o neocoloniales.

Brais Fernández es miembro del Secretariado de la redacción de *VIENTO SUR* y militante de Izquierda Anticapitalista.

Bibliografía citada

Gramsci, A. (2007) *Antología*. Madrid: Siglo XXI Editores.

Marx, K. y Engels, F. (2008) *Crítica del Programa de Gotha/Crítica del Programa de Erfurt*. Madrid: Fundación Federico Engels.

Sweezy, P. (1977) *Teoría del desarrollo capitalista*. Mérxico: Fondo de Cultura Económica.

Womack, J. (2007) *Posición estratégica y fuerza obrera*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.